

FELIPE PIGNA



Los mitos

de la historia argentina

La construcción de un pasado
como justificación del presente

Felipe Pigna

Los mitos de la historia argentina

La construcción de un pasado
como justificación del presente

Del “descubrimiento” de América
a la “independencia”



**GRUPO
EDITORIAL
norma**

Buenos Aires, Bogotá, Barcelona, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José, San Juan,
Santiago de Chile, Santo Domingo

www.norma.com

Pigna, Felipe

Los mitos de la historia argentina - 1ª ed. -

Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2004.

424 p.; 21 x 14 cm. - (Biografías y documentos)

ISBN 987-545-149-5

1. Biografías - I. Título

CDD 928

©2004. Felipe Pigna

©2004. De esta edición:

Grupo Editorial Norma

San José 831 (C1076AAQ) Buenos Aires

República Argentina

Empresa adherida a la Cámara Argentina de Publicaciones

Diseño de tapa: Ariana Jenik y Eduardo Rey

Imagen de tapa: Ilustración tomada del periódico

Don Quijote, agosto de 1897.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Primera edición: febrero de 2004

Décima reimpresión: agosto de 2004

CC: 20687

ISBN: 987-545-149-5

Prohibida la reproducción total o parcial por

cualquier medio sin permiso escrito de la editorial

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

Índice

Introducción	13
Las invasiones españolas, más conocidas como el “descubrimiento de América”	21
La madre patria	61
Santa María de los Buenos Hambres	67
El Día de la Industria (2 de setiembre de 1587)	93
Las primeras décadas infames: fraude, corrupción y negociados en la Argentina colonial	101
Civilización y barbarie: la rebelión de Túpac Amaru	139
Las invasiones inglesas o el agua y el aceite	171
La Revolución de Mayo	217
El fusilamiento de Santiago de Liniers, el “héroe” de la reconquista	253
Castelli y Monteagudo: los vengadores de Túpac Amaru	273
Hacía falta tanto fuego: la muerte de Mariano Moreno	311
El hijo de la patria	343
Incas, reyes y traidores: las vicisitudes de la independencia política	375
Bibliografía	409

*A todos los queridos compatriotas a los que,
por soñar un país libre y más justo para todos,
los tiraron a mares, ríos y fosas comunes,
desde Mariano Moreno para acá,
intentando vanamente hacerlos desaparecer.*

A Martín y Julián Pigna

“Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengamos historia, no tengamos doctrina, no tengamos héroes ni mártires.

Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como una propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.”

RODOLFO WALSH

“Vale la pena ser un héroe de la clase trabajadora.”

JOHN LENNON

Introducción

“Quien controla el pasado controla el futuro,
quien controla el presente controla el pasado.”

GEORGE ORWELL

La sociedad argentina ha vivido los últimos 30 años acosada por las vicisitudes del cotidiano sobrevivir, con escaso margen para darse un tiempo para la reflexión sobre los orígenes y las causas remotas de sus males cotidianos. El proceso de exclusión social y política al que viene siendo sometida la mayoría de la población argentina desde 1976 provoca efectos muy negativos que obstaculizan decididamente la conformación de una identidad ciudadana consciente de sus derechos con marcos legales y referenciales claros que avallen sus demandas y hagan posibles sus deseos de realización personal y social.

En este contexto, el poder ha logrado que la historia reciente o lejana no forme parte del menú de intereses de la mayoría de la población, que visualiza la historia como una materia de estudio escolar pero no como un instrumento útil para comprender mejor su presente y planificar su futuro.

Más allá de la evolución ideológica y metodológica de nuestros historiadores y docentes, a lo largo de los años el sistema ha logrado que la gente remita la historia argentina a la escuela primaria, es decir, la Revolución de Mayo aparece como un acontecimiento vinculado a la escuela primaria.

Nuestro elemento fundacional como país, históricamente hablando, es un tema de acto escolar. Los sucesos de Mayo son difíciles de pensar –para la mayoría de los argentinos– despojados de betún, corcho quemado y pastelitos.

Es alarmante la efectividad de este mecanismo que despolitiza y reduce, en el imaginario social, prácticamente a la nada a nuestra historia. Y, por otra parte, rotula como históricos, con ese pobre concepto de historia, a los hechos remotos vinculados al calendario escolar y les niega historicidad a los sucesos más recientes, determinantes de nuestro presente. Así, para muchos argentinos hablar de la dictadura o el menemismo no es hacer historia sino política, como si ambas disciplinas pudieran separarse y prescindir una de la otra.

Resulta interesante destacar el valor didáctico y formativo que tuvo y tiene el inculcar este concepto de la historia y, por ende, de la política. En esta concepción de que la política es para los otros, que la hacen los otros y que la “gente común”, por carecer de coraje, aptitudes y –últimamente– audacia, debe abstenerse, podemos encontrar –en parte– las raíces del “algo habrán hecho”. En un país que ha vivido gran parte de su historia bajo dictaduras o democracias fraudulentas, restringidas o vigiladas, el compromiso político difícilmente puede ser visto como un hecho positivo.

Es notable cómo uno de los temas más tratados en las clases de ciencias sociales o de historia –por las que más del 90 por ciento de la población del país ha pasado alguna vez–, la Revolución de Mayo, no llega a ser comprendido por la mayoría de la gente en toda su dimensión social, económica y, sobre todo, política. Algunos manuales siguen repitiendo frases sin sentido, como: “Mariano Moreno era irascible y Cornelio Saavedra temperamental”. Como es lógico, podría invertirse el orden de los calificativos y nada cambiaría. Los calificativos personales ocupan el lugar de la necesaria

clasificación ideológica, la distinción partidaria, los distintos intereses defendidos por cada uno de ellos, los intereses contrapuestos que explican el conflicto que concluyó con el alejamiento de Moreno y su “misteriosa muerte en altamar”.

La imagen del prócer absolutamente ajeno a la realidad es una imagen útil para el discurso del poder porque habla de gente de una calidad sobrenatural, de perfección, de pulcritud y de lucidez, virtudes vedadas a los simples mortales. Es decir que el argumento del ejemplo a imitar, usado como excusa para la exaltación sin límites, en los hechos no existe. Se trata en realidad de la sumisión al personaje. Los ejemplos a imitar deberían provenir de actitudes humanas, de personas falibles, con las mismas debilidades, defectos y virtudes que el resto de sus conciudadanos, pero que eligieron arriesgar sus vidas, sobreponerse, como Manuel Belgrano, a sus múltiples dolencias, y luchar por la libertad y el futuro de su país. Bien distinto es imitar, tomar como ejemplo las virtudes de un personaje histórico, al sometimiento ante la autoridad de un prócer tan perfecto y extraordinario.

Esta despolitización de la historia, despojada de sus verdaderos motores sociales, económicos y culturales, fue acompañada por la exaltación o denostación de los protagonistas de nuestro pasado, tornándola azarosa y ajena y rompiendo el vínculo pasado-presente, imprescindible para despertar el interés de las nuevas generaciones.

A los niños y a los jóvenes les pasa con la historia lo mismo que a los adultos cuando llegan a una reunión en la que personas que no conocen hablan de temas desconocidos. Obviamente no se sienten incluidos, no tienen marco referencial que pueda integrarlos a la charla y por lo tanto pierden todo interés. Son imprescindibles los marcos referenciales inclusivos. Para esto es importante partir del presente, que les quede claro que aquel país de 1810 es el mismo que éste,

con muchos cambios, avances y retrocesos, pero el mismo. Y volver al presente. La relación pasado-presente, la comparación constante de los hechos del pasado con los actuales resignifica al hecho histórico y le da sentido.

Además, nuestro país, por sus características, facilita la posibilidad de hacer esa conexión, al punto de que se haya vuelto un lugar común decir que “la historia se repite”. Permítaseme un ejemplo. En una escuela carenciada de Rafael Castillo, partido de La Matanza, de las llamadas “de alto riesgo” por el propio Ministerio de Educación provincial, estábamos dando una charla a chiquitos de primero a tercer grados. Hablábamos de cómo era la vida en la colonia, y decíamos que las calles se inundaban porque eran de tierra, que no había agua corriente, que pasaba el aguatero, que no había luz eléctrica, que había muy pocos médicos, que la mortalidad infantil era muy alta... y un chiquito dijo claramente: “Como ahora”.

Es un lugar común decir que a veces se transmite la historia nacional como si fuera un cuento. Pero frecuentemente no se cumple siquiera con las mínimas reglas del cuento infantil. Los cuentos clásicos comienzan diciendo: “Había una vez...”, es decir, contextualizan, sitúan al lector en un determinado lugar y en un determinado tiempo, cuentan qué le pasaba a la gente, hablan de miserias y grandezas, de ambiciones, intereses, luchas por el poder y relaciones amorosas. Casi ninguno de estos elementos aparecen, en general, en los relatos históricos destinados al público infantojuvenil.

Allí no hay contexto, se dice 1810 y sólo se agregan algunos datos escenográficos. ¿Qué significa 1810 para un chico de entre 8 y 10 años o para un adolescente? Seguramente algo mucho más lejano y ajeno que el planeta de *Star wars*. En esos “cuentitos históricos” que abonaron nuestra primaria, no

había pasiones, ambiciones ni necesidades. ¿Por qué hacían lo que hacían los “próceres”? Por “abnegación”, se nos decía por toda respuesta.

No se puede seguir hablando de una historia en la que la gente hacía las cosas por abnegación. Hay que recuperar positivamente los bastardeados conceptos de “interés” e “ideología”. San Martín cruzó los Andes porque su interés era liberar Chile y de allí pasar a Perú, porque sus ideas eran revolucionarias y formaban parte de un proceso histórico enmarcado en la lucha para terminar con el poder español en América.

La transmisión de la historia como un elemento dinámico, en el que la idea de continuidad se torna evidente, es inadmisibile para los postulados del “pensamiento único” que venimos padeciendo precozmente los argentinos desde los días de la dictadura. Dice Eric Hobsbawm al respecto: “La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente sin relación con el pasado del tiempo que viven”.¹

Lamentablemente esta prédica continúa teniendo una notable audiencia y no son pocos hoy los “comunicadores sociales” que acusan a los docentes de “hacer política” cuando se refieren a temas de actualidad o dan su opinión sobre determinado proceso histórico.

Como afirma el historiador catalán Josep Fontana: “Todo trabajo de historiador es político. Nadie puede estudiar, por ejemplo, la Inquisición como si estuviera investigando

¹ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1998.

la vida de los insectos, en la que no se involucra. Porque, o el trabajo del historiador tiene utilidad para la gente de afuera de las aulas, o no sirve para nada”.²

Afortunadamente, y como una de las pocas consecuencias positivas de la crisis terminal que vivió la Argentina en 2001, se ha venido dando un saludable renovado interés por nuestra historia, o sea por nosotros, por saber de nosotros, de dónde venimos, por qué estamos como estamos, en fin, quiénes somos y quiénes podemos ser.

En un país donde el pasado estuvo por siglos vinculado al horario de las batallas y al desinterés (palabra poco feliz, si lo pensamos) y la abnegación de los llamados próceres, es un gran avance que importantes sectores de la población de diferentes edades y clases comiencen a interesarse por su patrimonio más importante: su identidad. Porque de esto se trata: la historia de un país es su identidad, es todo lo que nos pasó como sociedad desde que nacimos hasta el presente, y allí están registrados nuestros triunfos y derrotas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras glorias y nuestras miserias. Como en un gran álbum familiar, allí nos enorgullecemos y nos avergonzamos de nuestro pasado, pero nunca dejamos de tener en claro que se trata de nosotros.

La supresión de identidad fue quizás una de las prácticas más crueles de la dictadura militar; el desaparecido dejaba de existir como un ser nominado, era un NN con un número asignado por sus captores. A sus hijos se les daba un nuevo nombre y un nuevo destino, en muchos casos antagónico al que soñaban sus padres. La misma operación se ha hecho durante décadas con nuestra historia patria. Se nos ha intentado suprimir la identidad nacional.

² Josep Fontana, *Clarín*, 13 de diciembre de 1998, reportaje de Jorge Halperín.

Este libro intenta acercar a nuestra gente a nuestra historia. Para que la quieran, para que la “reconquisten”, para que disfruten de una maravillosa herencia común, que como todos los bienes de nuestro querido país está mal repartida y apropiada indebidamente. La historia es por derecho natural de todos, y la tarea es hacer la historia de todos, de todos aquellos que han sido y van a ser dejados de lado por los seleccionadores de lo importante y lo accesorio. Quienes quedan fuera de la historia mueren para siempre, es el último despojo al que nos somete el sistema, no dejar de nosotros siquiera el recuerdo. Los desobedientes de la obediencia debida a la traición, los honestos contra viento y marea, los rebeldes aun en la derrota. Un Túpac Amaru que mantiene su dignidad durante las más horrendas torturas y sigue clamando por la libertad de sus hermanos, soñando con una América Libre. Un Manuel Belgrano que no duerme escribiendo un proyecto de país que sabe imposible pero justo, que dedica su vida a la denuncia y persecución de los “partidarios de sí mismos”, de los “que usan los privilegios del gobierno para sus usos personales condenando al resto de los ciudadanos a la miseria y la ignorancia”. Un Castelli que sueña y hace la revolución en la zona más injusta de América del Sur. Un Mariano Moreno que quema su vida en seis meses de febril actividad, sabiendo que el poder no da tregua y no perdona a los que se le atreven, pero que si nadie se le atreve todo va a ser peor.

Aquel pasado debería ayudarnos a dejar de pensar que “en este país siempre estuvo todo mal y por lo tanto nunca nada estará bien”. Nuestra historia, rica como pocas, desmiente categóricamente esa frase funcional al no cambio, que no nos deja ni la posibilidad de soñar con un país mejor para todos.

Ésta es parte de la herencia vacante que tenemos los argentinos. Estas páginas pretenden ser una invitación a la apropiación de lo que nos pertenece.

Quiero terminar agradeciendo las numerosas pruebas de afecto y las críticas constructivas que recibo cotidianamente por mis columnas en radio Mitre, parte de las cuales integran este libro.

Es muy estimulante sentir que cada vez más gente, de distinta procedencia, de distinta ideología, se apasiona y se hace cargo de lo suyo, que se conmueven, enojan, alegran, indignan, enorgullecen cuando se menciona a alguien que consideran un ser querido, se llame San Martín, Belgrano o Moreno, porque empiezan a sentirlo como un miembro de su familia, como algo que nadie podrá quitarles porque forma parte de sus principios.

FELIPE PIGNA

Las invasiones españolas, más conocidas como el “descubrimiento de América”

“Desde el descubrimiento empezó la malicia a perseguir unos hombres que no tuvieron otro delito que haber nacido en unas tierras que la naturaleza enriqueció con opulencia y que prefieren dejar sus pueblos que sujetarse a las opresiones y servicios de sus amos, jueces y curas.”

MARIANO MORENO, *Disertación jurídica sobre el servicio personal de los indios*, 1802.

América en 1492

América no se llamaba así en 1492. Había sido poblada hacía unos 30.000 años. Los primeros habitantes de este inmenso continente llegaron desde Asia y desde Oceanía en oleadas sucesivas, los primeros por el norte y los segundos por el sur.

Para 1492 se habían desarrollado formas variadas de organización social. Había sociedades urbanas con grandes y bellas ciudades, como la de los aztecas, en el valle central de México, y la de los incas, en los Andes centrales. La cultura maya, que se extendió por la península de Yucatán, ya había desaparecido misteriosamente.

Los mayas lograron un desarrollo cultural notable entre los años 300 y 900. En sus monumentales ciudades Estado, pobladas de maravillosas obras de arte, se destacaban sus científicos y matemáticos, que lograron establecer el calendario solar de 365 días.

Los aztecas tuvieron su auge en el siglo XIII y fundaron la que llegaría a ser la ciudad más grande y poblada del mundo

de la época: Tenochtitlán. Los aztecas vivían de la guerra y de los tributos que se veían obligados a pagar los pueblos vencidos. Se dedicaban a la agricultura. En sus ciudades, como en las mayas, se destacaban las pirámides, en cuyas paredes pueden verse aún hoy centenares de jeroglíficos que dan testimonio de esta extraordinaria cultura. Se regían por dos calendarios: el lunar, de 260 días, y el solar, de 365 días.

Los incas crearon un imperio que llegó a ocupar gran parte de los actuales países de Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Fueron grandes guerreros, agricultores, artesanos y arquitectos que aplicaron a sus ciudades ingeniosos sistemas de riego y defensa.

Como ocurría en Europa por aquel entonces, otros pueblos tenían otro grado de desarrollo vinculado a las condiciones de su región y sus necesidades, y eran cazadores-recolectores.

Todas estas culturas respetaban al resto de los seres vivos. No practicaban la caza deportiva y cuidaban el medio ambiente. Los ancianos y los niños eran los más respetados en sus sociedades porque veían en ellos la memoria y la sabiduría, en un caso, y el futuro en el otro. Contaba Américo Vespucio que “estos salvajes no tienen leyes ni fe y viven en armonía con la naturaleza. Entre ellos no existe la propiedad privada, porque todo es comunal. No tienen fronteras ni reinos, ni provincias ¡y no tienen rey! No obedecen a nadie, cada uno es dueño y señor de sí mismo. Son un pueblo muy prolífico, pero no tienen herederos porque no tienen propiedades”. Concluía su descripción diciendo que, sin dudas, se hallaba cerca del paraíso terrenal.¹

¹ Américo Vespucio, *El Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Nova, 1951.

A los ojos inquisitoriales de los españoles, los dueños de la tierra eran muy liberales, sexualmente hablando: “Andan desnudos en vivas carnes hombres y mujeres; en las bodas, otro es el novio, que así es costumbre usada y guardada; si el novio es cacique, todos los caciques convidados prueban la novia primero que no él y ella entonces queda por muy esforzada. Con liviana causa dejan las mujeres, y ellas por ninguna los hombres. Andar la mujer desnuda convida e incita los hombres presto, y mucho usar aquel aborrecible pecado hace a ellas malas”.²

Los arahuacos, habitantes de la zona del primer “contacto” con los invasores europeos, tenían un lenguaje que estaba cargado de poesía y ligado a su forma de vida en permanente contacto con la naturaleza. No tenían apuro para hablar. Su preocupación no era sacarse al otro de encima lo más rápido posible, sino –al contrario– tomar contacto, conocerse, conversar y compartir alegrías y problemas. Así que se tomaban su tiempo para nombrar a las personas y a las cosas. Al arco iris lo llamaban “serpiente de collares”, al cielo le decían “mar de arriba”. Para ellos el rayo era “el resplandor de la lluvia”. Al amigo lo llamaban “mi otro corazón” y al alma “el sol del pecho”. La lechuza era “ama de la noche oscura”. Para decir bastón, los ancianos decían “nieta continuo” y para decir perdono decían “olvido”.³

El lenguaje de Colón será mucho más “neoliberal” que el de los románticos arahuacos. En las dos primeras semanas de anotaciones en el famoso *Diario*, hay una palabra que se repite *setenta y cinco* veces: *oro*.

² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Oriente, 1917.

³ Eduardo Galeano, *Memorias del fuego*, México, Siglo XXI, 1993.

Descubrimientos y encubrimientos

El contacto de Europa con estas tierras constituirá un enorme cambio para la forma de vida de europeos y americanos. En ese sentido fue un notable descubrimiento para los europeos, una inagotable fuente de recursos económicos y poder político. Decía Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general de las Indias* que el “descubrimiento de las Indias fue la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó”.

Muchos años más tarde, en 1776, Adam Smith, uno de los padres del liberalismo económico, coincidirá con Oviedo y dirá, sin los pudores de un católico, que fue el hecho más importante de la historia de la humanidad.

Para los europeos de fines del siglo XV, que se sentían el centro del universo, las cosas comenzaban a existir cuando ellos las conocían: las “descubrían”.

Para los americanos sería el trágico descubrimiento de que se terminaban los tiempos en que podían decidir por su cuenta su vida, su forma de pensar, su modo de producir y su religión.

Europa en 1492

Con la decadencia del feudalismo se consolidó en Europa el poder de la burguesía. La palabra *burguesía* proviene de *burgos*, es decir, las zonas externas a los castillos, que fueron quedando libres del control de los señores feudales. Originariamente, los burgueses se dedicaban al comercio y a las artesanías, y a ellos se debió la consolidación del sistema de producción capitalista, que tenía como base la circulación monetaria y el trabajo asalariado. Esto implicó la lenta pero inexorable ruina del sistema feudal y su economía cerrada

basada en el trueque desigual de productos y servicios. Por otra parte, desaparecido el peligro de las invasiones —que habían llevado a las poblaciones a refugiarse tras las murallas de los feudos—, los reyes fueron recuperando su poder y hallaron en el feudalismo un obstáculo para construir sus Estados nacionales, y en la burguesía, un aliado para terminar con el viejo sistema. En pocas décadas el sistema feudal será un recuerdo, los estados se irán consolidando en toda Europa y los reyes incorporarán a los burgueses a sus cortes. La burguesía, a cambio de financiar los lujos y gastos de las parasitarias familias dinásticas, irá aumentando su presencia política y sus privilegios. Recibirá ganancias financieras derivadas de los intereses de sus préstamos a la nobleza, se encargará de la recaudación impositiva y se beneficiará con el establecimiento y mantenimiento del orden y la seguridad y la disciplina social necesarias para el desarrollo de sus actividades económicas.

Todos estos cambios irán moldeando una mentalidad “burguesa” que, con su fuerte apego a los bienes materiales y cada vez más lejos de las creencias medievales que invitaban a soportar los males de este mundo para disfrutar de otra vida en el paraíso, se irá imponiendo inexorablemente.

La percepción del hombre —y no Dios— como centro del mundo dará origen a un verdadero movimiento cultural, el Humanismo, y será la base de la etapa conocida como Renacimiento, uno de los períodos más brillantes de la historia europea.

Pero en la Europa de 1492 la mayoría de la gente vivía en la miseria y no tenía muchas oportunidades de disfrutar de las obras de arte. En las ciudades, las condiciones de higiene eran pésimas y eran muy frecuentes las pestes que diezmaban a la población. El promedio de vida era de treinta y cinco años y, a causa de las pésimas condiciones de alimentación

de los sectores populares, enfermedades leves se convertían en mortales. Para muchas de ellas no había remedios y uno de cada cuatro niños moría antes de cumplir un año.

La gente comía lo que podía y, justamente por eso, se hacían tan necesarias las especias que, desde la época de las Cruzadas, llegaban del Oriente, para conservar las carnes y dar sabor a las comidas o mejorarlas.

Cuentos chinos

Dos hechos permitieron a los europeos conocer el Asia: las Cruzadas, entre los siglos X y XIII, y las invasiones mongólicas, entre los siglos XIII y XIV. Las Cruzadas, cuyo objetivo declarado era recuperar para la cristiandad Jerusalén y el Santo Sepulcro, permitieron instalar centros comerciales a lo largo del Mediterráneo y el mar Negro. Por otra parte, durante el siglo XIII, los mongoles de Kublai Kan habían conquistado y unificado casi todo el territorio asiático. Esto favoreció notablemente el comercio entre Oriente y Occidente impulsado desde las ciudades de Venecia y Génova, que lograron instalar dominios coloniales en Asia y África.

En 1492 Europa tenía 60 millones de habitantes, es decir, 20 millones más que a mediados de siglo. Este aumento de la población, junto con una relativa estabilidad política, le dieron a la vida un mayor valor. La estadía en la tierra dejó de verse como un paso hacia la eternidad en los cielos. La gente quería vivir bien durante sus cortas vidas y creció la búsqueda de riquezas y bienes materiales.

En 1453 se produjo un hecho de graves consecuencias para Europa: los turcos otomanos ocuparon Constantinopla. A partir de entonces se cortó la ruta que permitía el comercio entre Oriente y Occidente y los reinos más poderosos

de la época comenzaron a pensar en vías alternativas. Portugal inauguró la ruta de África, que conducía, bordeando sus costas, al Lejano Oriente. En España reinaban Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, que habían logrado la unidad política y religiosa expulsando a musulmanes y judíos. Tras la Reconquista, España estaba en condiciones económicas de emprender una gran empresa marítima, comercial y militar.

Por curiosidad, necesidad y ambición, los europeos del siglo XV soñaban cada vez más con empresas ultramarinas. La época era favorable. El avance de la técnica les brindó valiosos instrumentos de navegación, como la brújula (traída de China), el astrolabio (inventado por los árabes) y el sextante. Además, apareció un nuevo producto de la inventiva naval: la carabela, que combinaba velas cuadradas y triangulares con un moderno timón, lo que mejoraba notablemente la seguridad y la eficiencia de la navegación en alta mar.

Pero hubo un veneciano, Marco Polo,⁴ que quiso llegar más lejos, hasta las fuentes mismas de todas aquellas riquezas. Lo ayudó la suerte, que pronto se transformaría en fortuna. Marco pudo llegar a la corte del Gran Kan, negociar con él y entablar una amistad tan profunda, que tuvo que hacer grandes promesas sobre su regreso para que el rey lo dejara partir.

⁴ Los mercaderes venecianos Mateo y Nicolás Polo se internaron en 1254 en el imperio mongol, con el objetivo de abrir nuevas rutas comerciales. Al llegar a Catay, como se llamaba a la China, fueron recibidos por el Gran Kan Kublai. Años más tarde, Nicolás volvió a Catay con su hijo Marco, de sólo quince años de edad. Los fantásticos relatos de Marco Polo animarían a futuros viajeros a emprender arriesgados viajes para llegar a esas ricas y legendarias tierras.

Marco trajo del extremo Oriente, además de la pólvora, el papel, los rudimentos de la imprenta y los fideos, unos relatos fantásticos corregidos y aumentados por su fértil imaginación, que publicó en un libro que se haría muy famoso: *Il Millione*. Allí Polo contaba las maravillas de la China y sus riquezas. En esas páginas llegó a construir gigantescos puentes de oro con paredes de rubíes.

Polo abrió la ruta directa a la especiería, a los productos orientales y a la febril imaginación de todos los aventureros que soñaban con imitarlo.

El almirante

En Génova, el joven comerciante Cristóbal Colón, obsesionado por incrementar su fortuna, se deleitaba con los libros de Marco Polo y mirando los mapas con que trabajaba. También leía con pasión la *Historia rerum ubique gestarum*, del papa Pío II; la *Imago Mundi*, del cardenal francés Pierre d'Ailly, publicada en 1410, y la correspondencia y el mapa que, en 1474, el sabio florentino Paolo del Pozzo Toscanelli había hecho llegar al rey de Portugal a través de su amigo, el canónigo lisboeta Fernando Martins.

Las dos primeras obras las estudió muy detenidamente, como demuestran las casi 1.800 apostillas o anotaciones al margen, y extrajo referencias muy concretas sobre parajes bíblicos, situados en el fin del Oriente, como el Paraíso Terrenal, los Jardines del Edén, Tarsis y Ofir, el reino de Saba, los montes de Sophora y la Isla de las Amazonas, que pronto situaría en distintas zonas de las Indias, porque para él ése era el extremo de Asia. De Toscanelli, que seguía a Marco Polo, recogió Colón todo lo relativo al Gran Kan, a la tierra firme asiática: Catay, Mangi y Ciamba (la

China) y sobre todo al Cipango (el Japón), isla distante 1.500 millas del continente y famosa por su riqueza.

Colón se había formado una idea bastante sensual sobre la forma de la tierra. Más que redonda, él la asimilaba a un seno de mujer: “El mundo no es redondo, sino que tiene forma de teta de mujer y la parte del pezón es la más alta, cerca del cielo, y por debajo de él fuese la línea equinoccial y el fin del Oriente adonde acaban toda tierra e islas del mundo”.⁵ Si esto era así, poniendo proa al Occidente se debía poder llegar al Oriente, que era lo que más les interesaba a todos los reyes y burgueses europeos.

La idea de Colón no era demasiado original. Ya la había enunciado Aristóteles (384-322 a. C.) al mencionar la isla de Antilia, ubicada entre Europa y Asia. San Agustín, en *La Ciudad de Dios*, aceptaba la división del mundo en Europa, Asia y África y decía que sólo en el mundo compuesto por esas tres partes debía buscarse a los ciudadanos del cielo, aunque había otros mundos posibles alojados en la Tierra; sin embargo, éstos quedaban excluidos por no ser escenario de la vida de los descendientes de Adán.

San Isidoro de Sevilla, en su *Libro de los números*, dice que el número tres es perfecto, porque contiene el principio, el medio y el fin, es el número de los Reyes Magos, de los hijos de Noé, de la parábola de la levadura de las tres porciones de harina. “El Mundo –decía el sevillano–, como la Trinidad, es uno, aunque consta de tres partes”. En otro libro, *Etimologías*, San Isidoro habla de una misteriosa tierra situada en el medio del océano y que podría ser una cuarta parte del planeta.⁶

⁵ Carta del almirante a la reina Isabel.

⁶ Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, FCE, 1958.

Al mejor postor

Colón se entrevistó con el rey Juan II de Portugal en 1484. Don Juan lo escuchó con atención pero rechazó la propuesta por considerar excesivas las pretensiones económicas y honoríficas de Colón, que pedía que lo nombraran almirante mayor del mar Océano y un 10 por ciento de todo lo obtenido en la expedición. Ante el rechazo portugués, Colón se dirigió a España; caminando, si les creemos a sus biógrafos. Llegó en 1486 y se hospedó en el convento de La Rábida, cerca del puerto de Palos. Allí conoció a fray Juan Pérez,⁷ confesor de la reina Isabel de Castilla. El cura le gestionó una entrevista con la reina católica, que se encontraba en la ciudad andaluza de Córdoba.

Mientras esperaba la entrevista, Cristóbal, que no perdía el tiempo, conoció a Beatriz Enríquez de Arana, una joven “de humilde procedencia” que el 15 de agosto de 1488 le dio un hijo: Hernando Colón, futuro compañero de aventuras e historiador apologetico de su padre.⁸ Colón abandonó a la mujer, pero no al niño.

7 Religioso franciscano español del siglo XV, que probablemente haya sido contador oficial de Isabel la Católica y su confesor. Recibió a Colón en el monasterio de la Rábida poco después de la llegada de éste a España. Logró convencer a la reina de la necesidad de favorecer la empresa colombina y firmó en nombre de Colón las Capitulaciones de Santa Fe.

8 Llegó a escribir párrafos como el siguiente: “Columbus, que quiere decir paloma, en señal de haber sido destinado a llevar el ramo de oliva y el óleo del bautismo a través del Océano, como la paloma de Noé, que denotaba la paz y unión del pueblo gentil con la Iglesia, después de haberse disipado las tinieblas y el error”, Hernando Colón, *Historia del Almirante*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944.

Los Reyes Católicos⁹ estaban muy ocupados en hacer gala de lo que les daría la marca registrada de católicos:¹⁰ reconquistar todo el territorio ocupado por los musulmanes y expulsar a los judíos de sus dominios, y no se mostraban muy dispuestos a distraer recursos ni energía en otros asuntos.

Finalmente, tras la toma del reino musulmán de Granada, concretada el 2 de enero de 1492, los reyes decidieron apoyar la empresa comercial de Colón. Todo se puso por escrito en un contrato comercial llamado Capitulación de Santa Fe, firmado el 17 de abril de 1492. En el documento la corona se comprometía a financiar la expedición y otorgaba a Colón los siguientes derechos:

- Se le reconocía el título vitalicio y hereditario de almirante de las islas y tierras que descubriese.
- Sería designado virrey y gobernador de los territorios que descubriese.
- Recibiría el 10 por ciento de todo el tráfico mercantil.

Los reyes encargaron la redacción del documento al hábil escribano real Juan de Coloma, que introdujo una cláusula

9 A fines de la Edad Media se habían formado en España dos grandes reinos: Castilla y Aragón. En 1469 ambas coronas se unieron a través del casamiento de Isabel de Castilla, de 18 años, con Fernando de Aragón, de 17. Pero, pese a la unidad, cada reino mantenía sus peculiaridades. En Castilla se hablaba el castellano y en Aragón el catalán. Además, mientras Aragón tenía sus intereses en el Mediterráneo, donde había sentado las bases de un imperio —la talasocracia catalana—, Castilla buscaba nuevos horizontes más allá del Atlántico.

10 Será el papa Alejandro VI Borgia quien les impondrá la denominación de “católicos” a fines de 1496, junto con el privilegio de recaudar las tercias de los diezmos eclesiásticos correspondientes a todas las parroquias y obispados de Castilla y Aragón. Anteriormente se había distinguido con ese título pontificio a Alonso I de Asturias, a mediados del siglo VIII, y a Pedro II de Aragón, a principios del siglo XIII.

de reserva que dejaba a salvo los derechos reales y daría lugar a interminables pleitos entre Colón y sus descendientes y la corona. En aquella reserva se decía que se concedían a Colón todos los derechos mencionados en la Capitulación “siempre que estuviera ello conforme con los precedentes y que los otros almirantes de Castilla hubieran gozado de los mismos derechos y privilegios”.

Buscando socios capitalistas

Colón tenía que buscar socios capitalistas e iniciar los preparativos para la expedición hacia el Oriente, hacia las tierras que Marco Polo llamó Catay (China) y Cipango (Japón).

Con tal de no aportar sus joyas para *sponsor*ear la expedición, la reina recordó un viejo pleito con la ciudad de Palos. Sus habitantes habían sido multados por contrabando y piratería y les trocó –por una real cédula del 30 de abril de 1492– la multa en efectivo por la provisión y equipamiento de dos carabelas que se llamaron Pinta y Niña.

Colón marchó hacia Palos de Moguer y armó una sociedad comercial con los hermanos Pinzón y el financista Luis de Santángel.¹¹ A las naves aportadas por los de Palos, agregaron una carabela que sería la más grande de la expedición,

¹¹ Luis de Santángel provenía de una familia de judíos conversos. Había nacido en Valencia en 1435 y estaba al servicio del rey Fernando desde 1478, ocupando un puesto de confianza como consejero del monarca en cuestiones financieras. Era amigo de Colón y su influencia fue decisiva para que los reyes aprobaran su proyecto. Su cargo de tesorero de la Santa Hermandad (la milicia rural que reprimía a los ladrones de caminos) le permitió conseguir 140 mil maravedíes para costear la expedición, a los que añadió 17.000 florines de su bolsillo. A pesar de los servicios prestados a la corona, por su origen judío, la familia de Luis de Santángel fue procesada por el Tribunal de la Inquisición.

con 34 metros de eslora. La Gallega, a la que Colón bautizaría como Santa María, sería la nave capitana. La Pinta, de 17 metros, estaría a cargo de Martín Alonso Pinzón, y la Niña, de igual tamaño que la Pinta, al mando de Vicente Yáñez Pinzón. Martín Alonso acababa de regresar de Roma, donde había mantenido largas charlas con un cosmógrafo del Vaticano acerca de las tierras no “descubiertas” situadas al oeste, y obtenido copias de ciertas cartas marinas donde figuraban esas islas. En uno de esos mapas, dibujado en 1482 por un romano llamado Benincasa, pudo ver Pinzón unas islas enormes llamadas Antilia y Salvaga, situadas al oeste de África.

El 30 de abril se difundió el pregón invitando a los interesados a embarcarse y pronto se completó la lista con unos ochenta y cinco navegantes, de los cuales sólo cuatro eran presos¹² que cumplían condenas. Completaban la tripulación funcionarios judiciales, un escribano, un cirujano (“sangrador y barbero”), un físico, un boticario y un veedor para custodiar los intereses de los reyes. Para desgracia de los propagandistas de la “conquista espiritual”, no iba a bordo ningún sacerdote.

Los maestros y pilotos cobrarían 2.000 maravedíes por mes, los marineros, 1.000, y los grumetes y pajes, 700. Por entonces una vaca costaba 2.000 maravedíes y una fanega de trigo, 73.

No era fácil conseguir navíos. La mayoría estaban siendo fletados por los judíos que debían abandonar prestamente la península tras la expulsión.

¹² Bartolomé Torres, homicida –había asesinado al prigionero de Palos–, y sus amigos Juan de Moguer, Alonso Clavijo y Pero Izquierdo, que habían forzado la cárcel pública de Palos para liberar a su camarada Bartolomé. De regreso a España fueron perdonados por real cédula de mayo de 1493 porque “avíades ido por nos servir poniendo vuestra persona a mucho peligro a descubrir las islas de Indias”.

La primera invasión española

El 2 de agosto de 1492 las tres naves estaban listas para zarpar, con toda la tripulación y provisiones para un largo viaje. Al día siguiente la expedición partió rumbo a las islas Canarias, a las que llegaron el 9. Allí repararon las embarcaciones, recargaron provisiones y el 6 de setiembre volvieron a zarpar poniendo proa hacia lo desconocido.

Colón calculaba que deberían navegar unas 700 leguas (3.500 km) más para llegar a las tierras del Gran Kan (la China).

A principios de octubre muchos comenzaron a impacientarse y algunos propusieron regresar. Colón consultó con sus capitanes y Martín Alonso Pinzón propuso ahorcar a los que no quisieran seguir, diciendo que si no se animaba el almirante lo haría él mismo, “porque no había de volver atrás sin buenas nuevas”.

Durante la noche del 11 al 12 de octubre, Colón sostuvo que había sido él el primero en ver las luces de la tierra que pensaba asiática, quitándole el honor y la recompensa de 10.000 maravedíes al humilde marinero de la Pinta, Juan Rodríguez Bermejo, sevillano nacido en Triana.¹³

Los que insisten en festejar el Día de la Raza el 12 de octubre se verían en problemas si se confirmaran las recientes investigaciones que afirman que el grito del llamado Rodrigo de Triana se produjo el 13. Pero, puesto que tal número se identificaba con la mala suerte y que el 12 de octubre era la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, patrona de los Reyes Católicos, y caía ese año en viernes, día de la

¹³ Según cuenta Oviedo, el marinero de Triana, muy ofendido por la mala pasada que le había jugado Colón, a poco de regresar a España marchó hacia el África y allí se convirtió al Islam.

pasión de Jesús, el almirante habría cambiado la fecha a su antojo para quedar bien con sus benefactores.

El 12 o el 13 de octubre, Colón y sus hombres estaban frente al islote de Guanahaní (actuales Bahamas), al que Colón llamó San Salvador. Don Cristóbal confiaba en haber llegado al Asia, aunque se asombraba de no toparse con los clásicos mercaderes chinos, sino con gente “muy bella y pacífica” que tomaba las espadas por el filo por desconocer las armas de guerra.

La mejor gente del mundo

Ni Colón ni los reyes tenían la menor noción de haber “descubierto” un nuevo continente. Seguían pensando que habían llegado al Asia, pero de todas maneras se sintieron con derecho a apropiarse de estas tierras y sus habitantes, sobre los que dice el almirante: “Son la mejor gente del mundo y sobre todo la más amable, no conocen el mal –nunca matan ni roban–, aman a sus vecinos como a ellos mismos y tienen la manera más dulce de hablar del mundo, siempre riendo. Serían buenos sirvientes, con cincuenta hombres podríamos dominarlos y obligarlos a hacer lo que quisiéramos”.

Ya durante el primero de los cuatro viajes de Colón comenzó la explotación de los nativos. Los arahuacos, habitantes originarios de las islas a las que llegó Colón, desconocían el trabajo, las armas de fuego y las jerarquías del poder. No necesitaban trabajar para obtener lo necesario para la vida. Una naturaleza muy generosa los proveía de todo lo necesario.

No había entonces enfermedad,
no había entonces pecado,
Había santa devoción en nosotros.

Saludables vivíamos.
 No había entonces enfermedad,
 no había dolor de huesos,
 no había fiebre,
 no había viruela.
 No fue así lo que hicieron los extranjeros
 cuando llegaron aquí.
 Ellos enseñaron el miedo,
 y vinieron a marchitar las flores.
 Para que su flor viviese,
 dañaron y sorbieron nuestra flor.
 ¡A castrar el Sol!
 Eso vinieron a hacer aquí los extranjeros.¹⁴

El almirante siguió recorriendo las nuevas tierras y llegó a la gran isla de Cuba, a la que llamó Juana, y a la de Haití, a la que llamó La Española. Allí, con los restos de la Santa María, que había naufragado, construyó, el 25 de diciembre de 1492, el fuerte de Natividad, en el que dejó un grupo de treinta hombres. En un intento desesperado por confirmar su hipótesis de llegar al Asia navegando hacia el Occidente, el almirante no tuvo mejor idea, antes de emprender el regreso, que hacer declarar bajo juramento y ante el escribano real a todos los miembros de su tripulación que la costa que habían recorrido (Cuba) no podía ser una isla, porque era inconcebible que tuviera tal tamaño, e hizo firmar a todos suscribiendo el siguiente texto: “Antes de muchas leguas, navegando por la dicha costa, se hallaría tierra donde tratan gente política, y que saben el mundo”.

14 “Poema maya del Chilam Balam”, en *Poesía azteca y maya*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

El viaje de regreso fue complicado, plagado de tormentas y contratiempos. Colón llegó a las Azores y desde allí enfiló hacia Lisboa. Allí fue recibido en su carácter de almirante por el rey de Portugal, Juan II. Ni lento ni perezoso, don Juan le dijo a Cristóbal que las tierras descubiertas pertenecían a Portugal y trató de retener al almirante, pero Colón logró llegar al puerto de Palos a bordo de la Niña el 15 de marzo de 1493.

La fiebre amarilla

Colón y su gente trasladaron a América toda la intolerancia de una España que necesitó para afirmar su dudosa unidad e identidad la destrucción y la eliminación del otro. De los moros y judíos se pasó a los “salvajes”. Así lo dice el propio almirante en una carta a los reyes: “Este año de 1492, después de haber dado fin a la guerra de los moros y después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, pensaron en enviarme a mí a las dichas partes de las Indias”.¹⁵

Olvidándose de las famosas Leyes de las Siete Partidas redactadas por el sabio rey Alfonso X, que decían: “La libertad es la más noble cosa del mundo; así, por el contrario, la servidumbre es la más vil cosa del mundo”,¹⁶ el gobernante Colón esclavizó a los nativos y les ordenó que le trajesen todo el oro que encontrasen. Al poco tiempo, como cuenta el historiador de Harvard Eliot Morison, comenzó el almirante a cortarles las manos a los que no consiguieran ni una pepita del precioso metal. Dice asombrado el biógrafo de

¹⁵ Tzvetan Todorov, *La conquista de América, el problema del otro*, México, Siglo XXI, 1992.

¹⁶ Leyes de las Siete Partidas, part. 28, Ley 8, título 22, parte 4.

Colón que lamenta no poder elogiarlo en este aspecto: “Quien fuera el que inventara este espantoso sistema, como único método de producir oro para la exportación fue Colón. Aquellos que huyeron a las montañas fueron cazados con perros, y de los que escaparon se ocuparon el hambre y la enfermedad, mientras miles de criaturas en su desesperación tomaron veneno de mandioca para acabar con su miseria”.¹⁷

Así fue como los europeos, obsesionados en su afán de lucro por obtener oro y plata, introdujeron el trabajo forzoso entre los nativos y comenzaron a destruir su organización social originaria.

Ya a comienzos de la conquista y ante las primeras noticias de baja notable de la población sometida, la reina Isabel comenzó a preocuparse y dictó una provisión real, el 20 de diciembre de 1503, en la que la “protectora de los indios” decía: “Los cristianos que viven y moran en la dicha isla (La Española), ni hallan quien trabaje en sus granjerías y mantenimientos ni les ayude a sacar ni coger el oro que hay en la dicha isla, y porque nos deseamos que los dichos indios sean doctrinados para que la dicha isla se labre y se coja el oro que en ella hubiere para estos mis reinos”.¹⁸ Sugería la reina —enferma de la misma “fiebre amarilla” de Colón, que la obsesionaba con el oro— que se les pagara un salario a los indios.

Durante las dos décadas iniciales del siglo XVI se extrajeron unos 15.000 kilos de oro y se enviaron a la corona las remesas correspondientes al impuesto del quinto real sobre este producto. El metal se agotó rápidamente y hubo que buscar otras fuentes de subsistencia.

¹⁷ En Howard Zynn, *La otra historia de los EE.UU.*, México, Siglo XXI, 1999.

¹⁸ Vicente Sierra, *Historia Argentina*, tomo 1, 1492-1600, Buenos Aires, UDEL, 1956.

Dice al respecto el historiador Carlo Cipolla: “El oro del que se apoderaron los conquistadores fue exclusivamente producto de robos, botines y saqueos. El inconveniente de toda actividad parasitaria es que no puede durar por siempre. Tarde o temprano, según la consistencia de los tesoros acumulados por las víctimas y la eficiencia de los depredadores, aquéllas son despojadas de todos sus bienes y para los ladrones ya no queda nada que hacer”.¹⁹

Justificando el despojo

Aún hoy, algunos textos nos siguen presentando argumentos muy curiosos para justificar la conquista de América. Hablan de la “necesidad” de expansión de las potencias europeas, de la búsqueda de nuevas tierras, de la voluntad de expandir su fe. ¿Estas “necesidades” justifican acaso el genocidio y la imposición de diferentes modos de producción y diferente cultura? Como venimos diciendo, es una notable curiosidad que civilizaciones que han basado su poder y riqueza en la imposición de la propiedad privada no la respetaran cuando se trataba de “salvajes”.

El propio Ginés de Sepúlveda, gran teórico de la conquista, lo admite en un diálogo de su *Demócrates alter*: “Si un príncipe, no por avaricia, ni por sed de imperio, sino por la estrechez de los límites de sus estados o por la pobreza de ellos, mueve la guerra a sus vecinos para apoderarse de sus campos, como de una presa casi necesaria, ¿sería guerra justa?”. Se responde a sí mismo: “No, eso no sería guerra justa sino latrocinio”.²⁰

¹⁹ Carlo Cipolla, *Conquistadores, piratas y mercaderes*, México, FCE, 1999.

²⁰ Ginés de Sepúlveda, *Demócrates alter*, Buenos Aires, Indianas, 1927.

Oro por baratijas

Muy frecuentemente, para descalificar a los indios se suele recurrir a la anécdota según la cual los indios cambiaban gustosos sus adornos de oro por objetos que en España no tenían valor, como espejos, collares de vidrio o instrumentos musicales. Pero quienes plantean estos argumentos hacen gala de una gran ignorancia, porque en América el oro no tenía el valor de cambio, el valor “en sí” que tenía para los europeos. Aquí no había monedas de oro, ni se desataban guerras por su posesión. El oro era uno de los metales que los nativos usaban para elaborar sus artesanías. Para los americanos, los objetos traídos por los europeos eran dignos de admiración e interés y por eso querían obtenerlos.

Decía fray Diego de Landa: “No han perdido sino ganado mucho los indios con la llegada de los españoles. El uso de la moneda, que aunque los indios habían vivido muy bien sin ella, viven sin comparación con ella como más hombres”.²¹

En el nombre de Dios

Los reyes recibieron a Colón en Barcelona y le otorgaron una renta de 10.000 maravedíes y un premio de 335.000. Los nuevos territorios serían llamados “Indias²² Occidentales” y se le solicitaría al papa Alejandro VI la confirmación sobre la propiedad de estas “Indias”.

La difusión de la religión católica en América y los beneficios materiales que prometía la empresa llegaron a ser vistos

²¹ Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán* (1576), México, Garibay, 1976.

²² Por Indias entendían los europeos de entonces la zona oriental de Asia, o sea las actuales China, Corea, India, Birmania, el Japón y las Molucas. Al Japón lo llamaban Cipango, y a la China, Catay y Mangi.

como una compensación económica y espiritual por las pérdidas que había sufrido la Iglesia en el viejo mundo a causa de la Reforma protestante, con su secuela de merma de feligreses y expropiaciones de miles de propiedades eclesiásticas.²³

Alejandro VI era valenciano y su verdadero nombre era Rodrigo Borja (italianizado como Borgia). Había llegado al papado a través de la simonía,²⁴ gracias a su fortuna, amasada durante sus años al frente de la Cancillería vaticana, y al apoyo económico y político del reino de Nápoles, perteneciente a la corona de Aragón y gobernado por el católico rey Fernando. El monarca de Aragón será uno de los dos modelos de gobernantes inescrupulosos en los que se basa Maquiavelo para escribir *El príncipe*. El otro será el hijo de Alejandro VI, César Borgia. Escribe Maquiavelo refiriéndose a Fernando: “Alegando siempre el pretexto de la religión, recurrió a una devota crueldad para poder llevar a efecto sus mayores hazañas”.

En la mencionada obra dice Maquiavelo: “Alejandro VI no hizo nunca otra cosa que engañar a los hombres, y siempre encontró medios de poder hacerlo. No existió nunca un hombre que tuviera mayor eficacia en aseverar, y con mayores juramentos afirmara una cosa, que al mismo tiempo la observara menos. Mostró cuánto puede prevalecer un Papa con el dinero y la fuerza”.²⁵

²³ Silvio Zavala, *Historia de América en la época colonial*, México, Instituto Mexicano de Geografía e Historia, 1961.

²⁴ La *simonía* era la obtención de cargos y jerarquías eclesiásticas por medio de dinero. La denominación deriva de Simón el Mago, que ofreció dinero a San Juan y a San Pedro a cambio de que le enseñaran a hacer milagros (*Hechos de los apóstoles* 8:18).

²⁵ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Madrid, Sarpe, 1983, págs. 108-109.

El papa Borgia está considerado uno de los pontífices más corruptos de la historia.²⁶ Gastaba las donaciones destinadas a los pobres en lujosas orgías en las que se “solazaba” con jóvenes de ambos sexos y, según se decía en la época, con su propia hija, Lucrecia,²⁷ la famosa envenenadora, con la que habría llegado a tener un hijo-nieto.²⁸

Lucrecia fue nombrada gobernadora de Espoleto y regente plenipotenciaria del Vaticano, en ausencia de su padre.

Durante el pontificado de Alejandro fueron creadas dieciocho sedes cardenalcias en España, de las cuales cinco fueron repartidas entre la familia de los Borgia y el resto, según cuenta Guicciardini, fueron sacadas a subasta. “Diez papados no bastarían para saciar la voracidad de toda esta parentela”, escribía Giannandrea Boccaccio al duque de Ferrara.

La mala fama de Alejandro hacía circular por Roma versos como éstos: “Alejandro vende las llaves de San Pedro, / los altares y a Cristo. / ¿Y por qué no ha de hacerlo, / si los ha comprado con su dinero?”.

26 En 1498 Alejandro hizo quemar en la hoguera al monje dominico rebelde Girolamo Savonarola, que había denunciado la corrupción y los negociados de la Iglesia.

27 El humanista italiano Sannazo redactó un epitafio en forma de verso, que decía: “Aquí yace Lucrecia Borgia, que fue la hija, la esposa y la nuera de Alejandro VI”.

28 Es el famoso caso del “Niño Romano”, que demandó dos bulas papales. Por la primera, hecha pública, el papa legitimaba a Juan y reconocía que era hijo de César y una mujer soltera. En la segunda, de carácter secreto, reconocía que el niño era hijo del papa y Lucrecia y se le otorgaba un ducado hereditario. Esta bula secreta tenía como objetivo evitar que César Borgia se apoderase de los dominios de su hermano-sobrino.

Alejandro –según el historiador conservador Paul Johnson “el peor de los papas”–²⁹ les encomendó a los no menos católicos reyes la conquista espiritual de las nuevas tierras. Había que imponer la monogamia, combatir la sodomía, el incesto y la idolatría entre los salvajes.

El propio papa les escribía a los Reyes Católicos: “Mas reconquistado por fin este reino de Granada, según plugo al Señor, y queriendo dar cima a vuestros deseos; enviasteis, no sin grandes trabajos, peligros y dispendios, al amado hijo Cristóbal Colón con bajeles y hombres dispuestos para la empresa de buscar estas tierras apartadas y escondidas, en un mar hasta hoy no surcado por ningún navío. (...) y descubrieron ciertas islas remotísimas y tierras firmes, en las cuales moran innúmeras gentes que andan desnudas (...) y parecen sumamente aptos para abrazar la fe católica y ser instruidos en las buenas costumbres, puede abrigarse la esperanza de que, si se las doctrinase, fácilmente penetraría en las tierras el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro Salvador”. Y resolvía: “No a ruegos vuestros sino en virtud de nuestra pura liberalidad, cierta ciencia y plenitud de autoridad apostólica, os damos, concedemos y originamos a posteridad, así a vosotros como a vuestros sucesores los reyes de Castilla y León, todas y cada una de las tierras e islas sobredichas y las descubiertas hasta aquí o que se descubran en lo futuro –siempre que no estén sujetas al actual dominio de algún señor cristiano–, en nombre de la autoridad de Dios todopoderoso, a nos concedida en la persona de San Pedro, y el Vicariato de Jesucristo, que desempeñamos sobre la Tierra. Declarando, no obstante, que por la presente

²⁹ Paul Johnson, *Historia del cristianismo*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1989.

donación no se entienda poder o deber arrebatarle a ningún príncipe cristiano el derecho que tuviere ganado”.

Vale la pena en este caso poner seriamente en duda la infalibilidad papal. Es obvio que los Reyes Católicos hicieron gestiones ante el papa para lograr esta concesión. En carta a Colón fechada el 4 de agosto de 1493 le comentan: “Ya sabéis cómo hemos enviado a Roma por una Bula sobre esto de las Islas e Tierra que habéis descubierto y estás por descubrir; agora nos es venida y vos enviamos un traslado della autorizado para que se publique allá, para que todos sepan que ninguno puede ir a aquellas partes sin nuestra licencia; y llevadla con vos, porque si a alguna tierra aportáredes la podáis mostrar luego”.³⁰

Y en otra carta también dirigida al almirante los reyes no dejan ya ninguna duda sobre la relación estrecha que los une a Alejandro ni sobre la buena disposición del papa para con ellos: “Porque sabemos que de esto sabéis vos más que otro alguno, vos rogamos que luego nos enviéis vuestro parecer en ello, porque si conviniere y os pareciere que aquello es tal negocio se enmiende la bula”.³¹

Llama la atención, por otra parte, la “pura liberalidad” del papa para regalar lo que no le pertenecía en tanto no estaba bajo el poder de ningún señor cristiano. Siguiendo a Jesús con su “dad al César lo que es del César”, podríamos inferir que las nuevas islas y tierra firme tenían sus dueños, no precisamente cristianos: eran de los “césares” americanos. ¿Por qué se les negaba a los “salvajes” el derecho de propiedad que tan celosamente se cuidaba al poner al resguardo el de los “príncipes cristianos”, o sea, el rey

30 Silvio Zavala, *op. cit.*

31 Ídem.

de Portugal o el preste Juan de las Indias, los dos únicos soberanos con propiedades fuera de la Europa conocida?

Pero tanta liberalidad desagradó profundamente a los contribuyentes portugueses, y particularmente a su rey Juan II, que sacó a relucir otras bulas, tan brillantes y válidas como las de Borgia. La primera había sido otorgada por Martín V y autorizaba a los portugueses a descubrir todas las tierras que se hallasen al este de una línea imaginaria trazada sobre el cabo Bojador; la segunda, otorgada por Calixto III, tío de Alejandro VI, en 1456, le concedía a Portugal todas las tierras descubiertas o por descubrir, hasta las Indias.

Ante estas evidencias, el papa Borgia decidió, el 4 de mayo de 1493, a través de la *Bula Intercaetera*, dividir la Tierra en dos: estableció una línea cien leguas al oeste de cabo Verde; al este de esa línea todo pertenecía a Portugal, mientras que al oeste todo pertenecía a España. Pero como no se conocía la existencia de América, esto significaba darles a los españoles todas las tierras de Asia en las que los portugueses ya habían instalado colonias. La situación se complicó y los portugueses amenazaron con la guerra. Finalmente, España y Portugal firmaron, en junio de 1494, el secular Tratado de Tordesillas, por el que se corrió la línea 370 leguas al oeste de las Azores. Gracias a este acuerdo, Portugal se quedaría más tarde con el Brasil.

El tratado, que repartía generosamente las tierras ajenas en nombre de Dios, hizo exclamar el rey de Francia, Francisco I: "Que me muestren la cláusula del testamento de Adán en donde diga que Francia está privada de lo que le corresponde en el Nuevo Mundo". Mientras aparecía el testamento, Francisco impuso la doctrina según la cual los derechos de posesión debían ser determinados por la ocupación efectiva de los territorios y armó varias expediciones

con patentes de corso hacia las nuevas tierras. En poco tiempo comenzó la expansión europea. Francia sería seguida por Inglaterra y Holanda.

Segunda invasión

Mucho más entusiasmados que con el primer viaje, los Reyes Católicos aprobaron y financiaron el segundo viaje de Colón. Esta vez eran catorce carabelas, tres navíos de gran tamaño y una tripulación de 1.500 hombres. Partieron el 25 de setiembre de 1493.

El entusiasmo y la codicia llevaron a sus católicas majestades a vaciar las cárceles para completar las tripulaciones de los navíos: “Por usar de clemencia e piedad con nuestros súbditos, queremos y ordenamos que cualesquier personas que hubieren cometido hasta el día de la publicación de esta nuestra carta cualquier muertes o feridas, e otros cualquier delitos de cualquier natura e calidad que sean, excepto la herejía, que fueran a servir a La Española”. No parecía la mejor gente para difundir el Evangelio entre los “salvajes”, según el compromiso de sus católicas majestades con el papa Borgia. Como señala Germán Arciniegas, “es así como los reyes ponen al diablo a hacer las hostias”.³²

El almirante seguía buscando Catay y dejó a cargo de la Isabela a su hermano Bartolomé.

Colón regresó a España llevando consigo 500 nativos encadenados, que fueron los primeros esclavos que cruzaron el Atlántico. Sólo llegarían a Europa 200, porque el resto moriría de hambre, de peste y de frío durante la travesía.

³² Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, Sudamericana, 1973.

En ausencia de Cristóbal, surgieron disputas entre los españoles y se produjeron abusos en el trato con los indígenas.

La heroica resistencia

Muy pronto los indígenas pasaron del asombro a la heroica resistencia contra sus agresores. “Los cristianos con sus caballos y espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas y paridas que no desbarrigaran. Hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atábanlos en ellas y poníanles debajo fuego. De aquí comenzaron los indios a buscar maneras para echar a los cristianos de sus tierras y posiciones en armas”.³³

Según Oviedo, antes de lanzarse a la lucha, los invadidos tomaron algunas precauciones: “Los señores de la isla antes que se moviesen a su rebelión quisieron experimentar y salir de la duda sobre si eran o no mortales (...) Los indios tomaron a un cristiano y ahogáronle y después que estuvo muerto decíanle: levántate y le tuvieron así tres días, hasta que olió mal. Y después que se certificaron que eran mortales, tomaron atrevimiento e confianza para su rebelión, e pusieron obra en matar cristianos e alzarse”.³⁴

Uno de los autores del experimento comentado por Oviedo fue el cacique Caonabó, que vivía tranquilo con su gente hasta que Bartolomé Colón decidió atacar su aldea y esclavizar a sus habitantes. Caonabó y su mujer Anacaona

³³ Fray Bartolomé de las Casas, *Historia general de las Indias*, México, FCE, 1951.

³⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*

prepararon a sus guerreros, atacaron el fuerte de Natividad, lo incendiaron y mataron a la mayoría de sus ocupantes. La resistencia duró dos años. Los españoles temían a Caonabó y a sus hombres.

Alonso de Ojeda, un viejo guerrero de la Reconquista española, fue a visitar al cacique. Con una sonrisa lo invitó a subir a su caballo. Caonabó subió, pero cuando hubo montado, Ojeda le colocó unas esposas diciéndole que era una ofrenda de los reyes de Castilla. Caonabó pronto comprobó que se había transformado en un prisionero de guerra. Pocos días después sería embarcado junto a otros guerreros rumbo a España, pero no llegaría a puerto. Murió en el viaje, algunos dicen que de frío, otros dicen que de bronca. Anacaona continuó la resistencia durante algunos meses, hasta que fue apresada y asesinada.

Años más tarde, el jurista oficial Ginés de Sepúlveda oficializará la doctrina de la “guerra justa”, según la cual “siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos siendo por derecho natural que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, la mujer al marido, los hijos al padre, lo imperfecto a lo perfecto para desterrar las torpezas nefandas y portentoso crimen de devorar carne humana y propagar la fe cristiana por todos los rincones del mundo”.

Cabe aclarar que muy pocas culturas americanas practicaron la antropofagia y, en cambio, que sí lo hicieron frecuentemente los españoles, como lo cuenta Oviedo hablando de la conquista de Veragua: “Diego Gómez y Juan de Ampudia, se comieron un indio de los que mataron, y luego se juntaron con otros y mataron para comer a Hernán

Darias, de Sevilla, que estaba doliente”,³⁵ a lo que podrían sumarse los conocidos episodios de antropofagia de la primera Buenos Aires, en 1536.

Las teorías de Sepúlveda, que se basaban en Aristóteles,³⁶ fueron todo un éxito entre una nobleza española engreída que, ofendiendo al Dios que decía adorar, se consideraba tan perfecta como el llamado por ella misma “todopoderoso”, o aun más. Francia, Inglaterra y el resto de los príncipes europeos demostrarían que no pensaban lo mismo.

Para 1535 la visión oficial de la corona sobre los indios, expresada por Oviedo, modificaba radicalmente la visión del almirante; ya no eran la mejor gente del mundo. Ahora se los describía como “ociosos e viciosos, e de poco trabajo, e melancólicos, cobardes, viles y mal inclinados, mentirosos e de poca memoria e de ninguna constancia”. Podría pensarse que éstos eran los resultados de cuarenta y tres años de opresión, masacre, explotación y “pedagogía” españolas.

Pero la diferente concepción de la guerra, el uso de armas de fuego y la transmisión de enfermedades para las que los indios no tenían defensas determinaron que la victoria fuera para los invasores, que impusieron su cultura, su religión y su forma de trabajo basada en la explotación de la mano de obra nativa. En pocos años las islas del Caribe quedaron prácticamente despobladas.

Según las últimas estimaciones de los etnógrafos, en 1492 habitaban la isla llamada La Española unos 300.000 nativos.

35 Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*

36 “La humanidad se divide en dos clases: los dueños y los esclavos (...) Los unos tienen derecho a mandar, los otros están hechos para obedecer y contra los cuales la guerra es siempre legítima, pues ella es siempre una especie de caza a los hombres que han nacido para servir y que no quieren someterse.” Aristóteles, *Política*, I-I, C-III, 8.

Entre 1494 y 1496 un tercio de ellos había muerto. Según un censo realizado en 1514 por Miguel de Pasamonte y Rodrigo de Albuquerque, La Española estaba poblada por unos 5.000 españoles, repartidos en 14 poblados, y aproximadamente 26.300 indígenas. En 1548, escribía el cronista Fernández de Oviedo, “de tres veces cien mil y más personas que había en aquella sola isla, no hay ahora quinientos. Unos murieron de hambre, otros de trabajo, y muchos de viruelas. Unos se mataban con zumo de yuca, y otros con malas yerbas; otros se ahorcaban de los árboles. Las mujeres hacían también ellas como los maridos, que se colgaban a par de ellos, y lanzaban las criaturas con arte y bebida por no parir a luz hijos que sirviesen a extranjeros. Azote debió ser que Dios les dio por sus pecados. Empero grandísima culpa tuvieron de ello los primeros, por tratarlos muy mal, acodiciándose más al oro que al prójimo”.³⁷

La mortalidad aumentó además por el abandono total de la agricultura, ya que ningún español se dignaba remover la tierra más que para buscar oro, y los indios, como protesta por la matanza, dejaron de sembrar, decididos a morir de hambre y matar a sus voraces opresores que, según el padre De las Casas “consumían cada uno de los dichos españoles en un solo día lo que bastaba para sustentar a tres familias de los dichos indios”.³⁸

Decía Pedro Mártir de Anglería: “Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navegación, en su mayor parte gente indómita, vaga y que, como no era de valer, no quería más que la libertad para sí de cualquier modo

³⁷ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Madrid, Oriente, 1902.

³⁸ Fray Bartolomé de las Casas, *op. cit.*

que fuera, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares a la vista de sus padres, hermanos y esposos; dados a estupro y rapiñas”.³⁹

El tráfico de seres humanos

Ante la casi desaparición de la mano de obra, la corona comenzó a importar esclavos africanos. En 1442 el papa Nicolás V había otorgado al monarca portugués Alfonso V autorización para someter y esclavizar a “los infieles”, es decir, a todos los no católicos de África. Así comenzó la terrible historia del tráfico de esclavos, que a lo largo de los siglos XV a XIX le costó al continente africano 30.000.000 de personas que fueron arrancadas de sus hogares para ser vendidas como cosas.

La tercera invasión

Tras la firma del Tratado de Tordesillas, la competencia con Portugal se acrecentó y el rey lusitano envió una expedición al mando de Vasco da Gama. Los Reyes Católicos estaban ante una grave disyuntiva. Se habían producido serias dificultades. Muchos de los compañeros de viaje de Colón difundían versiones muy negativas sobre las actitudes del almirante para con los indígenas y para con los propios españoles. Además ponían en duda las versiones sobre la extraordinaria riqueza de “las Indias”.

Pero, frente al avance portugués, finalmente los reyes terminaron por ratificarle su confianza a Colón y su familia y financiaron un mucho más modesto tercer viaje con ocho carabelas y 220 hombres, entre ellos diez condenados por asesinato, a los que se les cambió la prisión por el viaje.

³⁹ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas*, libro IV, cap. I, págs. 43-44.

El almirante partió el 30 de mayo de 1498 con seis naves, desde San Lúcar de Barrameda. Colón decidió dividir la flota y envió tres navíos directamente hacia La Española, mientras que los otros tres partieron con rumbo suroeste. Este grupo comandado por Colón llegó a Venezuela y se topó con la desembocadura del río Orinoco.

Mientras Colón seguía buscando al Gran Kan, en La Española su hermano Bartolomé ejercía autoritariamente el gobierno, creando un profundo malestar entre españoles e indígenas. En La Española y al sur de La Isabela, Bartolomé Colón fundó Santo Domingo, que sería una de las bases de la posterior conquista de todo el continente.

La mala conducta de Bartolomé Colón –nombrado arbitrariamente “adelantado” por su hermano en 1494, dos años después del supuesto descubrimiento– provocó el envío del comisionado real Francisco Bobadilla, que llegó a Santo Domingo en agosto de 1500. A poco de arribar, Bobadilla comprobó las injusticias cometidas por Bartolomé y concluyó que Colón no podía ser sino cómplice de su hermano, porque era imposible que con los antecedentes que de él se conocían no hubiera tomado las medidas pertinentes. Los hermanos Colón fueron encarcelados y enviados a España engrillados, probando de su propia medicina.

La reina consideró que Bobadilla se había excedido en sus funciones, absolvió a Colón –aunque le quitó su sueldo y los cargos de virrey y gobernador– y le brindó apoyo para un nuevo viaje.

La otra Iglesia

Para aquellos que gustan de justificar lo injustificable con la cantilena de que “hay que ponerse en la mentalidad de la época”, resulta muy ilustrativa la impugnación absoluta

que sobre la conquista y la masacre intentaron miembros de la Iglesia y librepensadores absolutamente contemporáneos a los hechos que venimos narrando. Porque así como hubo aventureros inescrupulosos, como Colón y sus socios, hubo españoles que se opusieron tenazmente a la masacre perpetrada en nombre de la corona y de Dios. El más notable de todos ellos fue un sevillano que llegó con Colón, se transformó en encomendero, fue testigo directo del genocidio y, asqueado y avergonzado, se incorporó a la orden de los dominicos, para luego convertirse en el defensor más radical de los indios, bajo el nombre de fray Bartolomé de las Casas. Para él la cosa era muy clara y no había demasiado que discutir: “Las causas porque han muerto y destruido tantas y tales infinito número de ánimas los cristianos han sido solamente por tener su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos sin proporción a sus personas”.⁴⁰

De las Casas contó con notables compañeros de ruta, como fray Antonio de Córdoba, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Vázquez Menchaca y Fray Antonio de Montesinos. Montesinos pronunció en el Adviento⁴¹ de 1511, en la catedral de Santo Domingo, ante un atónito auditorio de encomenderos y tratantes de esclavos, una homilía que haría historia. En ella decía cosas como éstas: “Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables

40 Fray Bartolomé de las Casas, *op. cit.*

41 Según el culto católico, el tiempo que antecede en cuatro domingos a la Navidad.

guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan oprimos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Éstos no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado [en] que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo”.⁴²

La consecuencia inmediata del ardiente alegato político de Montesinos fueron las Leyes de Burgos, sancionadas por los Reyes Católicos en 1512, que intentaban mitigar la explotación indiscriminada de los naturales, los que teóricamente gozarían de días festivos, remuneración por el trabajo, buen tratamiento y adoctrinamiento. Pero estas leyes no tuvieron siquiera aplicación efectiva, haciendo uso los conquistadores del viejo sello real de Castilla que decía: “Se acata pero no se cumple”. La explotación y la mortalidad indígena no sólo no disminuyeron, sino que aumentaron considerablemente.

⁴² No se conservan los textos autógrafos de los sermones. Nos han llegado gracias al resumen de fray Bartolomé de las Casas en su *Historia general de las Indias*. Cf. 1ª ed. crítica, transcripción del texto autógrafo por M. A. Medina, fuentes bibliográficas J. A. Barreda, estudio preliminar y análisis crítico I. Pérez Fernández, *Obras completas*, t. 3-5, Madrid, 1994, 5, 1761-1762.

Otra respuesta de la corona al debate instalado por los defensores de los indios fue la redacción del documento conocido como el Requerimiento, redactado por el jurista oficial Palacios Rubios con el objeto de comunicarles a los indios su nueva situación de súbditos de las coronas de Castilla y Aragón. El mamotreto, que los conquistadores les leían a los nativos en español, decía: “Dios hizo el cielo y la tierra y una pareja humana, Adán y Eva, de la que todos descendemos, y dejó a San Pedro para que fuese superior del linaje humano”. El descendiente de este san Pedro vivía en Roma y era el papa, quien había hecho donación de todas las Indias a los reyes de Castilla en virtud de ciertas escrituras que, se decía, “podéis ver si quisiéredes”, y que los señores enviados por la corona habían sido recibidos por otros indígenas, permitiendo su adoctrinamiento. Se exhortaba luego a los indios a entender todo lo explicado, tomándose el tiempo necesario: “Por ende, como mejor puedo vos ruego y requiero que entendáis bien esto que os he dicho, y tenéis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo”. Finalmente se les daba aviso de que si a pesar de todo no aceptaban la presencia española “certifícoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Altezas, y tomaré vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé”.

El absurdo documento terminaba diciendo que la culpa de todo lo que ocurriera sería de los indios y no de los españoles: “Y protesto que las muertes y daños que della se recrescieren sean de vuestra culpa, y no de Su Alteza, ni mía, ni destos caballeros que conmigo vinieron”.

El Requerimiento se les leía necesariamente a los indios no conquistados que, por lo tanto, no conocían la lengua

española y no sabían leer en latín, la lengua en la que estaba redactado. En general ocurría que, una vez repuestos de la sorpresa de haber escuchado aquella perorata ininteligible, y por lo regular antes de que concluyera su lectura, los indios se lanzaban a combatir con verdadera furia, con lo que se cumplía la voluntad de los conquistadores de poderlos cazar como esclavos en “guerra justa”, por no aceptar las condiciones de los reyes de Castilla.

López de Gómara⁴³ consigna la respuesta de un cacique de la región sudamericana del Cenú a un conquistador que le ha leído el Requerimiento: “Que en cuanto a venir los españoles en son de paz, no lo mostraban en sus actitudes; que en cuanto a sus reyes, a juzgar por lo que les pedía, se veía que eran unos indigentes necesitados y que ese personaje que había repartido la tierra, estaba loco y buscaba pleitos regalando a terceros lo que no era suyo, para crear conflictos con quienes desde tiempos inmemoriales estaban en posesión de ellas. Que le darían víveres pero el oro, del cual tenían poco, era cosa que no estimaban en nada, por ser inútil para la vida diaria. Que le parecía muy bien que creyeran en un solo Dios pero que ellos no querían cambiar de religión. En cuanto a las amenazas, lo mejor sería que saliese lo más pronto de esa tierra pues no estaban acostumbrados a considerar buenas las demostraciones de fuerza armada y extranjera, y tendrían que hacer con ellos lo que ya habían hecho con otros, y le mostraba las cabezas colgantes que adornaban su campo”.

También cuenta De las Casas el episodio que tuvo como protagonista al cacique Hathuci, que había escapado de su cautiverio en La Española y luchado heroicamente contra

43 López de Gómara, *op. cit.*

los invasores. Al ser capturado se lo condujo a la hoguera y, antes de quemarlo, un fraile franciscano le ofreció la conversión “para que pudiera ir al cielo donde reinaba la paz y la alegría”, aclarándole que si no aceptaba, su alma iría al infierno a sufrir el tormento eterno. El jefe rebelde preguntó sin vacilar: “¿Los españoles también van al cielo?”. “Por supuesto –respondió el fraile–. Entonces, prefiero ir al infierno”.

Solitario y final

Desde que Colón publicó el *Libro de las profecías*, a comienzos de 1502, los reyes comenzaron a preocuparse seriamente por la salud mental del almirante. Colón señalaba allí la necesidad y urgencia de emprender la conquista del Santo Sepulcro y aseguraba que él era el hombre que, según vaticinaban las Sagradas Escrituras, “debía pasear triunfante la fe de un extremo al otro de la tierra”. Declaraba que la misión de ir a las Indias por el Occidente le había sido inspirada por Dios y anunciaba que en 1657 el mundo sería destruido.

Colón esgrimió estas hipótesis para intentar convencer a Fernando y a Isabel de que apoyasen su cuarto viaje y destinaran todo lo obtenido a la conquista del Santo Sepulcro. No creyendo los reyes ninguna de las teorías del almirante y dudando seriamente de su cordura, le otorgaron la licencia de viaje y apenas cuatro navíos con una tripulación de ciento cuarenta hombres, le prohibieron desembarcar en La Española y lo obligaron a destinar la totalidad de las ganancias que lograra al Tesoro real, para lo cual destacaron al escribano Diego de Porras como veedor real, con la comisión de inventariar e incautarse de todas las riquezas que se hallaran durante la expedición.

El 11 de mayo de 1502 Colón zarpó junto a su hermano Bartolomé y su hijo Hernando, de 13 años de edad.

Partió del puerto de Cádiz y pretendió desembarcar en Santo Domingo, pero su gobernador, Ovando, cumpliendo órdenes reales, se lo impidió. Colón se dirigió a Jamaica y luego a Honduras y a Costa Rica. Por las características del terreno, Colón pensaba que el río Ganges de la India estaría muy cerca. No alcanzaba a comprender dónde estaba y decidió regresar a España.

Llegó el 4 de noviembre de 1504, pocos días antes de la muerte de su protectora, la reina Isabel. En clave de tango, el almirante les escribe a sus católicas majestades: “Yo vine a servir de veintiocho años y agora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquéllos. (...) Aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte, llore por mí quien tenga caridad, verdad y justicia. Yo no vine este viaje a navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto, porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta. Yo vine a Vuestras Altezas con sana intención y buen celo, y no miento”.⁴⁴

Pero, a veces, el crimen paga, y desde su regreso a España Colón, que estaba muy enfermo, tuvo que ocuparse de que Fernando le reconociera sus derechos y los porcentajes que le correspondían. El católico rey se negó a recibirlo y Colón lo persiguió sin éxito por todo el reino. En 1506 Fernando estaba en Valladolid para traspasar la corona a su hija Juana “la Loca” y a su esposo Felipe de Habsburgo, “el Hermoso”. Hasta allí se fue don Cristóbal con sus últimas fuerzas, tratando infructuosamente de ser recibido por los nuevos reyes. Sólo obtuvo de Fernando una carta en la que le sugería que presentara sus reclamos a la Junta de Descargos y le ofrecía,

⁴⁴ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977.

a cambio de su renuncia a todo derecho sobre las tierras “descubiertas”, un señorío en León. Colón insiste y le vuelve a escribir a Fernando: “Y pues parece que Su Alteza no ha por bien de cumplir lo que ha prometido por palabra y firma, juntamente con la reina, creo que combatir sobre el contrario para mí que soy arador, sea azotar el viento y que será bien, pues que yo he hecho lo que he podido, que agora deje hacer a Dios, nuestro señor, el cual siempre he hallado muy próspero y presto a mis necesidades”.

El 21 de mayo de 1506 moría Cristóbal Colón en Valladolid, sin enterarse de que había “descubierto América”, sin gloria, y con su buen nombre y honor seriamente afectados.

Todos parecían haberse olvidado del almirante. Ni siquiera tendría la recompensa de dar su nombre al nuevo continente. América se llamará así en honor al navegante florentino Américo Vespucio,⁴⁵ que había viajado a las nuevas tierras dos veces entre 1499 y 1502. Al regresar escribió dos famosas cartas: una a Lorenzo Piero de Medici, en 1503, que fue publicada a principios de 1504, y otra a su compañero de colegio, Pietro Soderini. Esta última se tradujo al latín y se publicó en el apéndice de la obra *Cosmographie Introductio*, de Martín Waldsemüller, profesor de Geografía de Lorena.

La relación del tercer viaje de Colón, en el que tocó tierra firme, se publicó en latín recién en 1508, mientras que la relación de los viajes de Vespucio se conocía desde 1504 y 1507.

⁴⁵ Nacido en Florencia en 1454, Vespucio se dedicó al comercio como dependiente de la familia Medici. Hacia 1492 se encontraba en Florencia como agente comercial y en estrecho contacto con marinos de la época. En 1508 integró la Junta de Burgos y fue nombrado piloto mayor del Reino.

En la introducción de la obra de Waldsemüller, el geógrafo francés Jean Basin de Sandocourt proponía: “Verdaderamente, ahora que tres partes de la tierra, Europa, Asia y África, han sido ampliamente descritas, y que otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vespucio, no vemos con qué derecho alguien podría negar que por su descubridor Américo, hombre de sagaz ingenio, se la llame América, como si dijera tierra de Américo; tal como Europa y Asia tomaron sus nombres de mujeres”.

Años más tarde Waldsemüller y Basin reconocieron su error, a tal punto que el mapa que publicaron en 1513 llama al nuevo mundo Tierra Incógnita y no América. Pero ya era demasiado tarde.

